

XVIII PREGÓN DE LA VERA-CRUZ

A cargo de Nuestro Hermano

D. Antonio Ramírez Rodríguez

Pronunciado a los 24 días del mes de marzo, en el año del Señor de 2007

La paz, la amistad y la gracia de

Dios que María Inmaculada tuvo

desde el comienzo esté con todos nosotros.

En la encíclica de Su Santidad Juan Pablo II Centesimus Annus, se relata el siguiente pasaje:

“ Gracias al sacrificio de Cristo en la Cruz, la victoria del Reino de Dios ha sido conquistada de una vez para siempre, sin embargo la condición cristiana exige la lucha contra las tentaciones y las fuerzas del mal. Solamente al final de los tiempos, volverá El Señor en su gloria para el Juicio Final instaurando los cielos nuevos y tierra nueva, pero mientras tanto, la lucha entre el bien y el mal continúa en el corazón del hombre.”

¡Ya estaba en Coria! Ya se sosegó la diaria zozobra por llegar a mi siempre querida Coria. Pueblo al que nuestro ilustre paisano Juan Rodríguez Mateo definió con maravilloso candor y hondura poética al decir:

Coria es así.....

Una Ermita en El Cerro

Y una Iglesia en El Llano.

Permíteme querido Juan que en mi osadía añada:

Y dentro de la Ermita, un Cristo que del Cerro llaman

Y dentro de la Iglesia, una Estrella de la mañana.

Llegaba del Rocío, de mis quehaceres diarios. Disfrutábamos de un día de lo más otoñal: gris, cálido y lluvioso.

Me encontraba en la casapuerta de mis padres en animada charla con ellos, a esa hora en la que la tarde parece querer dormirse en la noche, cuando observo a mi primo atravesar la calle de Antonio Pérez Tíno, antes Paraíso y también Murillo, pero ¡ qué más da! si lo importante, lo encantador, es estar, vivir, en una calle de Coria, estar o tener un espacio, a los pies y bajo la protección del Santísimo Cristo de La Vera-Cruz.

Como decía contemplo cruzar la calle a mi primo que en actitud seria y comprometedor, aunque también feliz y complaciente, me transmite el deseo de la Junta de Gobierno por el que me proponen ser el décimoctavo pregonero de Vera-Cruz para el año 2007.

Ni en mi sueño más atrevido y feliz, pude intuir esta ilusionante propuesta.

Señor... Tú sabes ¡Qué lejos y ajeno! estaba de esta novedad. Jamás por mi entendimiento pasó esta adorable idea, que siempre la situé fuera de mi alcance.

El Pregón de la Vera-Cruz, es muy especial desde su concepción, creación y posterior desarrollo, con pregoneros de gran talla y dilatada experiencia en estos menesteres, de tal modo que cuando me comunicaron la noticia, me invadió un temor responsable, serio y profundo, pero a la vez tierno y reconfortante, y aunque... en mi interior sabía que no me iba a negar, pensé que era excesivo para mí... postura que aún mantengo.

Así pues: ¿por qué acepto?

- *Por la fe y devoción que desde pequeño profeso al Cristo de la Vera-Cruz.*
- *Por estar cerca de Él, en estos tiempos de tribulaciones.*

Mas, es tan amplio el abanico de mis porqués...

Que sencillamente concluí que debía aceptar.

Días más tardes las calurosas felicitaciones y palabras de ánimo de muchos de ustedes, me disiparon todas las dudas.

Así pues, manos a la obra: A consultar pregones, libros, revistas, seleccionar pasajes y poemas para completar y dar sentido al pregón.

Reverendo Padre,

Dignísimas autoridades

Presidente del Consejo General de Hermandades

Representantes de todas las Hermandades

Presidente y Junta de Gobierno

Señoras y Señores

Añorados Isabel y Paco, que...

Desde El Cielo estáis escuchándome.

Manifiesto desde lo más hondo de mi intimidad, el placer y gratitud por este honor concedido en primer estadio a:

La Antigua y Humilde Hermandad del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, Purísima Concepción de María Santísima y San Juan Bautista.

A mi entrañable amigo desde la infancia Francisco González Peña (Paco Modesto), coriano, cofrade y rociero como su añorado padre.

Gracias, muchas gracias por tus generosas y sentidas palabras de presentación, fruto del amor a esta Hermandad y a nuestros paisanos.

A José Asián, por el espléndido pregón Consejo General de Cofradías y Hermandades de Coria del Río, la semana pasada que seguro marcará un antes y un después.

José ha tenido el entrañable detalle de ir al Rocío, rezarle y ponerle dos velas a La Señora, pidiéndole por el buen desarrollo de este pregón.

Y a todos ustedes queridos cofrades y amigos por dedicarme, para vosotros, este apreciado momento.

Que yo recuerde, mi primer contacto con el Cristo de la Vera-Cruz, se remonta a mis años de párvulo...

Aquéel día, de la mano de mi madre... subí los primeros escalones, de los treinta tres, que tiene la Cuesta Sagrada de Coria.

En la puerta de la escuela nos recibe la señorita Agustina, que una vez rodeada de sus nuevos parvulitos, cariñosamente y señalando el último edificio de la cuesta, donde se distingue una blanca espadaña con su campana, nos dice, de la manera más apropiada para nuestra edad:

“Allá en lo alto se encuentra el Señor del Cerro, “El Hijo de Dios”, que para nosotros es como el Padre de todos los padres. Él, murió en una cruz porque nos amaba mucho y quiere que seamos buenos con todas las personas” .

Mi imaginación infantil me llevó a pensar que Coria estaba muy cerquita de los Cielos.

Dentro de la escuela, Doña Josefa nuestra maestra, nos va emparejando por bancas. A mí me toca con Paqui Vázquez, la hermana de Luis.

Doña Josefa, con aire más grave, más autoritario, pero no falto de la ternura, bondad y religiosidad, que siempre caracterizó a su magisterio, nos dio las primeras reglas de comportamiento: nos invita al estudio, al trabajo responsable, así como al rezo diario al Señor.

Terminada esta primera clase y una vez en la calle, miré hacia arriba, y me sorprendió que la cuesta terminaba en El Cielo.

Ese día no subí, ni al día siguiente, pero al tercer día, acompañado de Luis Vázquez, me atreví... Ese día pisé por primera vez las puertas de Tu Casa Señor y aunque no pudimos entrar, jugué en la azoteilla, que es como llamamos al contrafuerte que refuerza la base de la torre árabe, sobre la que se apoya el campanario de la ermita.

Por fin, un día de vísperas del Quinario, acompañado, con mi prima Carmelita, a mis queridos Tíos, Manuel y Amelia, entré en Tu Casa Señor.

He de confesar que la sensación que entonces tuve, aún no lo he cambiado. Si la primera impresión para un niño, al contemplar un lugar alejado, oscuro, silencioso, con un crucificado al fondo, pudiera ser de cierto reparo, de miedo, de temor a lo misterioso, a la soledad, a lo desconocido... que fue mi caso, sin saber por qué, sentí calor, paz, protección, sosiego. Pero sobre todo tuve la sensación de estar recibiendo desde la Cruz un torrente de luz, una cascada de amor y una lección de humildad, que fue, es y será, el eje y columna vertebral de esta franciscana hermandad.

Terminé el Quinario con la profunda impresión, que Tú Señor eras el centro y destino final de los corianos y que para siempre estaríamos ligado a Tí.

Pasaron los años de mi parvulario entre estudios, juegos, rezos y miradas... al monte donde empezaba El Cielo.

Proseguí mi aprendizaje en la escuela de San Tarsicio situada en el más pronunciado recodo de la calle Colón bajo la tutela de D. Antonio Pineda Franco.

¡Qué suerte la mía!, aprender con este admirable profesor en lo didáctico, en lo humano y en la vida cofrade.

Durante estos años aprendí, compartí y disfruté con muchos y variados amigos las distintas devociones corianas, sus puros y nobles sentimientos religiosos, sus costumbres, sus vivencias, sus ilusiones. Se estaban labrando los cimientos de un nuevo revivir en la tradición cofrade en Coria, perdida en gran manera, desde finales del Siglo XIX.

La década de los sesenta se inicia en nuestro pueblo con una frenética actividad en la vida cofrade, contribuyendo de modo decisivo y definitivo al renacer de las cofradías y de su Semana Mayor.

Un resurgir que gracia a la preparación, tesón, sensatez... amor a Cristo y a su Divina Madre... en las diferentes advocaciones, de todos los corianos, ha hecho posible que el sentir cofradiero y su Semana Santa sea merecedora de todos las alabanzas y comentarios positivos para propios y extraños.

¡Qué embrujo!... ¡Qué magia! ...¡Qué encantamiento!

Tuvo aquél año, cuando por fin se decide a procesionar con túnicas. ¡Cuántas interrogantes, Cuántas preguntas! Deseábamos empezar, y luego... “ya veríamos”.

Queríamos, que todo fuese al final como en Sevilla, “eso sí”... con nuestra impronta, con nuestro estilo.

Debo señalar, que por este tiempo, yo pertenecía, formaba parte del grupo juvenil de la Hermandad al igual que Juan Rodríguez, Paco Carbajal, Gavino, Rafael Sosa, Pedrito Suárez, Tomás Gollete hijo, Paco Chaves y todos los que me gustaría recordar.

Así pues, mi relato estará ligado, supeditado al ambiente que existía aquél año, cuya Junta de Gobierno estaba sustentada y apoyada por un grupo de personas muy singulares:

- *D. Esteban como director espiritual... que por su especial cariño a esta hermandad, actuó en muchas ocasiones como un miembro más de la Junta.*
- *Manuel Ramírez, D. Antonio Pineda, Vicente Ortega y Tomás Gollete.*

Todos ellos, ejemplares cofrades... inspiraron al resto de los componentes, una peculiar manera de sentir y vivir la devoción al Cristo del Cerro... llenando nuestros corazones de entusiasmo cofradiero y alentándonos a seguir luchando por el mayor esplendor de nuestra Hermandad.

Yo admiraba el saber, la ilusión, actividad, diligencia y alegría de los miembros jóvenes de aquella Junta; cuyos nombres no quiero omitir, porque para mí, siempre fueron referentes en lo personal y en la vida cofrade.

J. Ignacio Quintero, Alejandro Sosa, J. Antonio Lobato, Manolo García Terán y mis primos J. Antonio y Manuel Ramírez.

Por fin las túnicas se adquieren en los almacenes de tejidos Pedro Roldán, situado en la sevillanísima Plaza del Pan. En total se confeccionaron cuarenta y cinco túnicas.

¡Con qué amabilidad nos atendió el Sr. Carrellán! ¡Posiblemente contagiado de nuestra desmedida ilusión!

A partir de aquí, ya todo fueron preguntas, proyectos, logros y un sinfín de sensaciones.

Prácticamente no teníamos nada y lo teníamos todo: Teníamos El Señor, La Virgen, una inquebrantable fe y un amasijo de sueños.

Sin duda alguna, entre las muchas insignias que necesitábamos, era la Cruz de Guía la que cobraba más protagonismo, no sólo porque nos abre el cortejo procesional, sino que también por ser símbolo de redención y amor, nos guiará por el camino empezado, haciendo prédica y realidad con su lengua muda, aquellas palabras de Cristo en San Mateo: “Si alguien quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga”.

¡ Cuántas veces visitamos la carpintería de Antonio García! en la calle Zurbarán para ver y seguir de cerca todos los detalles de su elaboración : la calidad de la madera, sus labrados, sus remates, el acabado de su color...

Durante algunos años la cruz de guía estuvo flanqueada por repujados y bellos faroles, cedidos para la ocasión por la Hermandad sevillana de Jesús ante Anás.

En años sucesivos, con la ayuda de numerosas e interesantes incorporaciones de hermanos, los proyectos se van ampliando y diversificando. Se abarcan y terminan logros que al comienzo parecían inalcanzables y lejanos.

En el seno de la Hermandad aparece, aflora un lenguaje cofrade , desconocido para unos y olvidados para otros.

Ya se citan con bastante familiaridad nombres como el Senatus, el Libro de Reglas, la bandera concepcionista, los faroles de cola, los guardabrisas, los hachones, las bambalinas, la saya, el rostrillo, la toca, las dalmáticas, los manigueteros, el llamador, el pertiguero...

Se empiezan a conocer nombres de afamados artesanos del sentimiento, luz y paciencia como... bordadoras, imagineros, tallistas, doradores, orfebres, compositores y sus marchas procesionales.

Mas, paralelamente y al unísono a estas metas materiales, la Hermandad, en medio de este interesante periodo, no sólo, no olvida ni descuida sus preceptos fundacionales de vivencia espiritual, sino que las incrementa y activa en este sentido y como muestra:

· Se redactan los nuevos estatutos, para ello se indaga, se investiga en los archivos del Palacio Arzobispal, con el fin de acercarse lo más remotamente posible a la historia de nuestra Hermandad, objetivo que se consigue merced a la ingente y continua labor del sacerdote moguerense D. Antonio Hernández Parrales, por entonces archivero del arzobispado.

- *Se incrementan y perfeccionan el número de celebraciones religiosas.*
- *Se solemnizan aún más los cultos... y sus predicadores se eligen siguiendo criterios formativos en concordancia con el espíritu de la Hermandad.*
- *Se crean reuniones para la formación en la fe y fundamentos del cristianismo.*
- *Se promueven actos de confraternidad con otras hermandades.*
- *Se objetiviza, como dimensión prioritaria, la práctica de la Caridad... en su sentido más amplio y actualizado.*

Pero siempre, siempre... todas estas actividades materiales o espirituales han tenido un modo de actuar, unas señas que han caracterizado, caracterizan y seguro que caracterizarán a la Hermandad del Cerro:

La Humildad... la humildad con mayúscula, la austeridad, la integridad de la vida interior... la búsqueda y la imitación de Cristo.

Cada cofrade debe ser hermano de sus hermanos y llevará arraigado en su alma los sentimientos de la caridad y el perdón.

Pero volvamos de nuevo al 1961, año en el que se vuelve a procesionar con túnicas.

Finalizado el solemne y esperanzador Quinario en honor de nuestros titulares, pasado ya el ecuador de la cuaresma... se hacen escasos los días que restan... parece no disponerse del tiempo suficiente para el día soñado de la salida.

Es mucho el trabajo que queda y pocas se antojan las manos.

Por ventura, la Hermandad estuvo asistida por el trabajo y la experiencia de un hermano especial, enamorado y experto en el arte del montaje de los pasos de misterio. Me refiero a Manuel Suárez, para todos nosotros Manolito El Sacristán, al que desde esta tribuna rindo homenaje por su generosa y meritoria labor con la Hermandad.

Llegados a este punto quisiera poner de relieve la interesante y oportuna labor del sacerdote D. Antonio Guzmán del Val, ilustrándonos en las vivencias espirituales y sociales para con nuestros hermanos... así como en la interpretación y compostura durante la estación penitencial.

Permitidme que a modo de anécdota relate una actividad de especial sabor y raigambre en la Hermandad que muchos recordaréis. En la semana previa a la salida se realizaba una petición popular para sufragar parte de los gastos procesionales.

Por parejas y portando unos originales y viejos... limosneros de metal dorado, de cuerpo semicircular desde cuyo fondo salía el pomo que remataba en forma de cruz, íbamos llamando de casa en casa con la sonora y conocida tonadilla de...

¡Cristo de la Vera Cruz... Madre de la Concepción!

Pedíamos una limosna que curiosamente hacía pensar que nos estaban esperando. Incluso me atrevería a decir que la tenían preparada con días de antelación, en muchos casos.

¡Con qué alegría y calor éramos acogidos!

¡Qué desprendidos eran dentro de sus posibles!

Lo importante, lo verdaderamente meritorio no era lo que daban, sino como lo daban. Todos querían colaborar con El Señor de una forma u otra.

Por fin llegó el día del Amor Eterno: el Jueves Santo... el día que tantas veces acompañó nuestro sueño desde un año antes.

Se prepararon o se querían preparar todos y cada uno de los detalles del desfile procesional con exactitud casi matemática.

De todo el itinerario, preocupaba de especial manera el paso por la cuesta, para cumplir con el horario establecido.

Se quería mantener el orden en las filas de nazarenos, marcándose rígidamente las distancias entre ellos. Se insistía, con vehemencia, no volver la mirada atrás, permanecer en silencio y seguir con atención y obediencia las órdenes de los celadores.

Siempre llamó mi atención aquél escrito de nuestro secretario que aparecía impreso al dorso de la papeleta de sitio que decía:

“La túnica del nazareno es hábito de penitencia, no es lícito hacer penitencia a modo de diversión”.

Pero de sobremanera, nos invitaban al rezo, nos hablaban de lo que significa procesionar como penitente, de lo que la cruz representa para el cristiano... del sentido de sobriedad, caridad y humildad que la Hermandad tiene como objetivo.

En las horas previas a la salida, la cuesta es un hervidero de comentarios, sentimientos, expectativas e ilusiones.

La noche es dueña de la luz. El aire se reviste de un hálito de serenidad y respeto.

El silencio quiere oírse en la oscuridad... y llegar a nuestros corazones.

Con las campanadas de la medianoche, sin que apenas nos percatemos del chirriar de sus goznes, las puertas de la ermita se abren, con un natural sigilo y prudencia; y un año más, Coria se estremecerá con la figura tremente del Cristo de la Vera Cruz.

¡Ya la plaza es sagrario y todo el pueblo oración!

La cuesta se ofrece escasamente iluminada y madrugona. Un mutismo ancestral, de veneración y respeto se extiende por toda ella.

La luz se concentra en la puerta de la ermita desde la que se escapa una blanca y densa humareda que el contraluz la mistifica.

Un olor a cera y azahar, a incienso y claveles nos invade y eleva nuestro ánimo.

La Cruz de Guía está fulgurante y con brillantez alzada en el último escalón de la cuesta desde donde nos imaginamos, se nos antoja, que quiere pedir permiso... para procesionar por Coria.

¡Y Coria le dice que sí!

En medio del arcano respeto que los corianos sienten por su Señor del Cerro, el emotivo, impresionante e irrepetible descenso continúa con un ordenado, serio y devocional desfile de nazarenos.

La música suena en la lejanía y misteriosos acordes preparan el pasaje para la salida de Cristo Crucificado.

Bajo la mano del serio y experto capataz de Nuestra Señora de la Esperanza de Triana, Antonio Rechi, que este año, tuvo la gentileza de aceptar el ofrecimiento de llevar por las calles de nuestro pueblo, al crucificado más antiguo de todos los que procesionan en la provincia de Sevilla.

A la hora acordada

En la intimidad de la capilla

Tras los secos golpes del llamador

Con temple y mando

Con desapercibida y majestuosa lentitud,

El crucificado es levantado

para pasmo de nuestros corazones

Y lentamente camina: acompañado sólo

Por el chirriar de las ensambladuras

junto al siseante andar de los costaleros.

El incienso brota a borbotones

Entre azahar, música y luna.

Ya sale de su ermita

El sobrio y austero paso renacentista

De noble madera tallada

Con una alfombra de cárdenos lirios

Por calvario...

Que al Cristo de la Vera Cruz lleva.

Los cirios presos en sus faroles

Chorrearán gota a gota lágrimas de cera

Creándose un místico llanto

Que siente consumirse y lamenta

no poder ya alumbrar

la bella agonía de Cristo

en la serenidad de la noche

Y un aura que del río llega

Pone música de pena

Y un murmullo de fervor

De una muchedumbre atónita

Porque... Porque...

Los escalones de la cuesta

Suenan, crujen, lloran,

Bajo el peso de una divinidad moribunda.

¡Está bajando el Señor del Cerro!

Delante del retablo mayor, entrañable y bella reliquia del más original barroco, centrado en el presbiterio, se encuentra el paso de la Virgen de la Concepción, flor preparada con esmero por las delicadas manos femeninas de sus abnegadas y fieles camareras.

Flor que espera radiante y con inocente inquietud su primera "levantá".

"CONCEBIDA SIN PECADO" en el frontal de su retablo se lee.

Una vez más se puede relacionar a través de este título, la más que probable relación de la Hermandad de la Vera-Cruz con la Orden de San Francisco. No en vano, fueron los

franciscanos, firmes defensores en el Concilio de Trento, del Dogma de la Inmaculada Concepción. La Virgen María es la única criatura humana nacida sin Pecado Original. En esto consiste básicamente el misterio y privilegio de la Inmaculada Concepción. Por ello y por otras conocidas relaciones históricas, no es arriesgado pensar que estos austeros frailes fueran cofundadores de nuestra Hermandad en los albores del S XVI.

La Virgen de la Concepción

Es sin pecado concebida

Desde la pureza de su dolor

En un espléndido paso de amores

Paso de perfiles armoniosos y proporcionados

Que se diría a la medida de su entorno.

Igualada la cuadrilla, cargadas las trabajaderas, tensionados y atentos los pateros, se va a producir una sin igual "levantá".

"Levantá" que hoy , en este momento, imaginariamente la actualizamos en memoria de Isabel, José Ignacio, Alejandro, Manolito, Paco y por extensión a todos nuestros hermanos cofrades que ya estarán a la derecha del Padre gozando de esas marismas eternas que sueñan los rocieros.

El capataz es todo un poema de gestos, expresiones sentimientos y de una genuina elocuencia.

Se dirige a su cuadrilla con un vocablo claro y popular:

¡Va por ustedes!

¡Vamos con Ella valente!

¡A...ésta...es!

Es la inconfundible voz de Pepe Rechi, que en contraposición de su hermano Antonio, es todo un alboroto, un derroche de animación y gracia.

¡Poco a poco, menos paso quiero!

¡Pedro ese costero de la izquierda abajo!

“¡To por iguá...valente!”

Caminando con lentitud y hechura por el interior de la ermita, las frágiles puntas de los varales, van sorteando con exquisita maestría, uno por uno, los hoy más que nunca, blancos y difíciles arcos ojivales de la ermita.

La mecen a un ritmo tan soberano que todo su palio es melodía y canto.

Un soniquete de bambalinas se apodera de todo el silencio, con el que sólo compite la ronca y cascada voz del capataz.

Poco a poco tras cadencia, sufrimiento y ritmo.....

¡La Virgen está sola y centrada ante la puerta!

¡Difícil lo tienes capataz!

¡Vamos poquito a poco y de frente!

¡A tierra Cachopo, a tierra!

¡No corre.....no corre!

¡Aguanta Rubio, aguanta!

¡Poco a poco!

¡Bohórquez, ahora la llevas tu!

Ya asoman los varales

Ya salen los candelabros de cola

¡Ole!, ¡Bien por mi gente!

¡Al cielo con Ella!

La música mezcla su solemnes acordes con emocionados vítores y aplausos, creándose una sinfonía de inusitada energía espiritual que embriagan todos nuestros sentidos.

La Virgen está radiante en la plazuela y espera con ansia esa... Esa más que larga y difícil chicotá.

Una luna de Paraceves, de la más brillante primavera, rutilante y quieta está, porque también quiere verla bajar.

Coria, Coria entera

Está metida en la cuesta

Está impaciente y espera

Que baje, ya, la Inmaculada

Quieren ver los ojos negros

De la morena más guapa

Entre todas las morenas

¡Y es que Dios hizo la gracia!

De darle color moreno

A María Inmaculada.

“Vámonos con Ella al Cielo”

y al Cielo se fue la Inmaculada

cuando resonó el martillo

en su tercera llamada.

El Nazareno, como si no quisiera alejarse mucho de la cuesta, espera al final de la Martijera la bajada de su Madre, para entrar triunfante... entre alegóricas Hosannas y alabanzas por la calle principal de Coria, como atañe a su Soberanía Divina.

Calle Larga.Vía... donde el cuerpo de nazarenos de andaluzas y verdiblancoas túnicas, recompondrá su simétrico y metódico desfilar.

Los pasos de misterio, llevados con arte y destreza por los sufridos costaleros, recuperan en esta calle esa manera de andar bajo las trabajaderas, que marcan la pauta de nuestra Semana Santa.

Paso largo... paso largo y “reposao” y de costero a costero... ” porque aquí en Coria”, se pasea a Dios y a su Divina Madre, con el alma llena de sentimientos.

Y el Cristo de la Vera Cruz , con su mirada baja de infinito dolor y pena, va sembrando amor, repartiendo perdón y derramando su luz, en la noche eterna del Jueves Santo.

Al llegar al convento... las monjas de la madre Angelita, las Hijas de Santa Ángela, las hermanitas de la Cruz, también tienen su importante papel en la Semana Santa.

Ahora son ellas las que cantan con exquisita dulzura sus plegarias y oran por Coria ante Dios Sacramentado.

Al regreso del convento y tras recorrer con gozo la calle Santa María, calle difícil, encajonada y angosta de nuestro procesionar, la cofradía es cautiva de un afán, una inquietud y una actividad neuronal, que pone de manifiesto... el deseo de estar pronto junto a la Virgen en su "Soledad".

En la recoleta y castiza Plaza de Nuestra Señora de la Soledad, la que mi presentador adjetivó con finura y delicadeza, como plazoleta de gracia y salero... Una inmensa multitud se agolpa y aprieta, ansiosa de presenciar el mágico momento en el que La Virgen María, La Madre de Dios, se encuentra de frente con Ella misma... en distintos momentos de la Pasión de su Hijo.

¡¿Qué diálogo mudo y sobrenatural entablan?!

El ambiente se reviste de una magia, de un sentimiento entre lo divino y lo humano, imposible de explicar, asistimos a una sinfonía esotérica de conjunciones casi divinas... que toda Coria la siente.

Toda la fatiga y cansancio acumulado por las emociones vividas, se alivian, se mitigan, al paso reconfortante ante la capilla de Nuestra Señora del Rocío, "espejo de la alegría y oasis penitencial", en su camino a la Parroquia de Nuestra Señora de la Estrella, convertida hoy en imaginario Templo Catedralicio donde se muestra primorosamente adornado

El Monumento, que a Dios, nuestro Señor expone... en el día grande del amor, del perdón y del olvido.

En el interior de la Iglesia, bajo la dulce y complaciente mirada del Señor del Gran Poder y amparo de la Virgen del Carmen, reina un clima de especial espiritualidad y gozo.

Este año los pasos entraron en la Iglesia, y los penitentes, arrodillados por parejas ante el Santísimo, rezaron sus más íntimas oraciones.

Y como si de La Vía Dolorosa se tratara, la cofradía henchida de un regusto "sin igual", con los corazones llenos de amor de Cristo, inicia el regreso a su ermita.

La Cruz de Guía, a los pies de la cuesta está... El ambiente ha decrecido por decirlo así. Sólo quedan los del barrio (debo decir que sólo fue este año)... sólo quedan los del barrio para compartir una única e inédita subida, como lo fue, la de este primer año.

Antes que la luz cambiara de dueño, con el nítido alborear del día, y compartiendo el silencio con el cansancio, el sacrificio con el dolor, el sueño con la alegría, y el amor con la Cruz, los penitentes, siguiendo las huellas de cera que dejaron en su bajada... con un ritmo y compás repleto de espiritualismo, inician su triste recogida en una madrugada profunda de luto y silencio, sólo roto por el tañir a duelo de una campana que nos trae todo el drama de La Pasión.

Y Jesús agonizante, entra en su morada del Cerro.

Este año la Virgen sube mirando al Cerro, con ello pretende ocultar su sollozo al despedirse de Coria.

La Virgen llora, pero se desahoga y se consuela.

El llanto rueda mansa y suavemente de sus pupilas,

Sin una contracción en sus labios, sin un rictus en su rostro.

Es el dolor sereno y templado de La Madre afligida, que conoce el misterio de sus penas y se siente corredentora del linaje humano.

El paso en el suelo está... y avisaba el capataz... en cuyo corazón, deberían estar sonando en un concierto maravilloso los violines de la Fe, y cuando los costaleros estuvieron preparados, dio la voz de: ¡¡¡Al Cielo con Ella!!!

Al Cielo con la Concepción Inmaculada, y los costaleros la alzaron con fortaleza y vigor, ante el estremecimiento de Coria entera.

Así debió de ser la Asunción. Así debió ir la Virgen a las Alturas.

Qué así fue aquél prodigio maravilloso, en el que la Virgen iría, como la Concepción del Cerro por las calles de su pueblo, que a su paso no son calles sino Cielo, Cielo glorioso y bendito, Cielo de Coria del Río.

Y el Cristo de la Vera Cruz, que en su subliminal y majestuosa subida al Gólgota de Coria, fue desgranando en diferentes tramos de la cuesta... seis de sus "últimas siete palabras", al entrar en la ermita del Cerro, espera que su Madre esté junto a Él, a sus pies, para exclamar la séptima.

Entonces Jesús... Jesús del Cerro, dando un potente grito exclamó:

¡¡¡PADRE EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU!!!

Y diciendo esto, expiró.

¡Qué suerte tuviste, oh Cruz!

Cuando en tus manos expiraba

El que era la misma vida

La omnipotencia increada

Que al descenderlo de tí

Ya otros brazos lo esperaban,

Los brazos puros y benditos

De Su Madre Inmaculada.

La Pasión está llamando a su fin.....

Cuando todo se termina,

Cuando todo es luto y dolor

Cuando la desesperación y tinieblas

De nosotros se apodera

Y sólo... el espíritu de Dios

Impregna toda la ermita

Con recóndita divinidad, desde La Cruz,

Se produce el místico y supremo descendimiento

Como las santas mujeres en el sepulcro

Manos de vírgenes corianas lo amortajan

María de Gracia y Esperanza,...

Dulce Nombre de María, Carmen, Rosario...

¡Mientras Soledad en Coria espera!

Guiado por La Estrella que un día bajó de los Cielos

Para iluminar a Coria

Con celestial arrullo y sonoro revoloteo

Un bando de palomas blancas

Que del Rocío llegan

Trasladan al Cristo de La Vera Cruz

Meciéndolo en los columpios del aire

Desde su Getsemaní y Calvario

Al blanco sepulcro de la Soledad

¡Coria ya no está sola:!

Presiente y espera el prodigio más grande de la historia

Misterio insondable y piedra angular de nuestra fe

La Resurrección

La muerte ha sido vencida

Jesús muriendo destruyó la muerte

Resucitando restauró la vida

Y con este triunfo, se abre el camino a la vida eterna.

Coria... Coria

Lo proclama, conmemora y festeja

desde un limpio y jubiloso amanecer

En el Domingo de la Pascua Florida

Con sus sentidos, brillantes, y...

Populares Abrazos, al despuntar la mañana.

Finalizo recordando, al que durante muchos años fue director espiritual de esta hermandad, el sacerdote jesuita José Manuel Benítez Carrasco, que al término de su pregón, recitó, una poética y profunda oración personal en la que pide al Señor fortaleza en su lucha de cada día, para aceptar su Cruz.

Quizás el Padre Benítez vislumbraba el fin de sus días entre nosotros:

Desclávate, Jesús, baja y camina

Que te siento en La Cruz alto y lejano

Desclávate, Jesús, dame la mano

Que el camino es oscuro

Lo ilumina tibiamente la fe

Mientras camina el poder de las sombras soberano

Desclávate, Jesús, muéstrate humano

Desclávate, Jesús, me desatina

Tener que subir yo a esa cruz tan ruda

Desclávate, Jesús, vente conmigo

Tu callada respuesta mi alma muda;

*Y esta es la oración que ahora te digo,
Aunque en angustia el corazón trasuda
Enclávame en La Cruz, pero contigo.*

¡¡¡Ahí quedó!!!

Gracias Señor del Cerro